

dra para sus usos, y fabricar bien ó mal, martillos, tijeras, cuchillos, taladros y raspadores, para abrir los frutos, arrancar y limpiar las raíces de que se alimentaba? Bien considerado todo, los productos de su industria instintiva, comparados á los productos primitivos de la industria humana, no son más extraordinarios que la choza del castor comparada á la del salvaje.

Me detengo aquí, señores, por no abusar de vuestra atención. Sin duda quedan todavía otras dificultades que resolver; pero afirmo que no hay ninguna á la cual no pueda darse una respuesta satisfactoria, ó cuya solución no pueda legítimamente diferirse sin ofender á los que estudian en el libro de la naturaleza y sin herir la autoridad de nuestros sagrados libros. No pretendemos nosotros adelantarnos á la ciencia, porque no es ésta nuestra misión; pero la esperamos á pie firme en nuestras posiciones. ¿Qué digo? Poseedores de la ciencia suprema, promovemos todas las ciencias, y las convidamos á participar de los resplandores de su luz. Lanzaos en la inmensidad de los espacios ¡oh sabios! horadad la tierra, examinad sus capas más profundas, y llegad hasta su fuego central, y después venid á establecer en nuestra presencia el balance de vuestros descubrimientos; no nos asustaréis, no, ni siquiera podréis causar en nosotros admiración. Nosotros nos aprovecharemos de vuestros estudios; mas descartaremos con mano amiga las nubes con que rodeáis muchas veces la verdad, y purificaremos las aguas fértiles, enturbiadas con el cieno de vuestras preocupaciones. Vosotros nos acusáis, tal vez, de prevenciones injustas; os dejaremos hablar, y reconociendo vuestros servicios, no cesaremos, atendiendo á vuestro honor y al bien de las almas, de prestaros los nuestros. Continuad, pues, leyendo en nuestro libro: y si alguna vez llegáis á descifrar todos sus misterios, os hallaréis en presencia del Bossuet de la paleontología, que sabrá contaros palabra por palabra la historia natural y la historia sagrada, y convenceros de la perfecta armonía que reina entre los dos libros de Dios.

## CONFERENCIA XIV

### ARMONÍA DEL MUNDO

EMMO. SEÑOR, SEÑORES:

En nombre de la razón y de la ciencia hemos impugnado á los que pretenden hallar en el mismo mundo las pruebas de su autogénesis; hemos disputado con los sabios que, oponiendo á la narración bíblica los descubrimientos modernos, creen hallar contradicciones entre los dos libros de Dios: la naturaleza y la Biblia. Si se consideran atentamente nuestros argumentos y nuestras explicaciones, nadie podrá negarnos esta proposición formulada en la primera página de los libros elementales de nuestros dogmas católicos: «Dios ha criado el mundo en seis días.» Pacíficos poseedores de esta verdad fundamental, podemos contemplar ahora oportunamente la obra de Dios, admirando sus magnificencias y buscando en ella el reflejo de las perfecciones de su Autor.

La perfección divina existe en cada una de las cosas criadas. Esto es incontestable; porque la misma voz que con la virtud de su *fiat* llamó todos los seres criados á la existencia, proclamó igualmente su bondad: *Et vidit Deus quod esset bonum*. Sobre una escala en que el sér y la vida progresan indefinidamente, podemos seguir paso á paso las huellas y la imagen del Sér por excelencia, y de la vida infinita. ¡Cuán grande empresa sería la del que, pidiendo á todas las

ciencias que se ocupan en el estudio de la naturaleza, la descripción de las maravillas que cada una ha descubierto, se encargase de hacernos admirar la obra de Dios, en todos sus detalles conocidos! Yo dejaré para otros esta noble tarea, y me contentaré con una mirada general sobre el conjunto de la creación. Y ésta bastará para llenarnos de admiración; pues «la belleza de una obra, dice San Agustín, se manifiesta con más brillo en el conjunto que en sus partes. De cada cosa en particular la Escritura dice que es buena; del conjunto no basta decir que es bueno: es muy bueno, perfectamente bueno» (1). *Vidit Deus cuncta qua fecerat et erant valde bona* (2). Estudiemos hoy, señores, el conjunto, la música sagrada y la armonía del mundo.

El mundo canta la gloria de Dios; sus penetrantes voces se confunden y se armonizan en un perfecto concierto, al cual podemos aplicar las reglas generales de la armonía. Y no hay armonía sin número: una nota puede ser sonora, pero no armónica. El número debe estar sujeto al ritmo; de otro modo nuestro oído no percibiría ningún canto en la sucesión de los sonidos. Sujetos al ritmo las notas, deben guardar la proporción de la variedad en la unidad; y si muchas veces una disonancia sabía, brilla instantáneamente en una frase musical, es preciso reducirla inmediatamente á un perfecto acorde que agrade al oído y dé reposo al alma. Número, ritmo, proporción de la variedad en la unidad; tres leyes fundamentales de la armonía, y no han sido expresadas en estas palabras de la Escritura, comunmente aplicadas á la obra de Dios: *Omnia in numero, mensura et pondere disposuisti, Domine?* (3). «Todas las cosas habéis dispuesto, Señor, con núme-

(1) Cum de singulis ageret dicebat tantum: vidit Deus quia bonum est, cum autem de omnibus diceretur, parum fuit dicere bona nisi adderetur et valde... Omnis enim pulchritudo multo est laudabilior in toto quam in parte. (S. August.: *De Gen. contra Manich.*, cap. xxi.)

(2) *Genes.*, cap. i, v. 31.

(3) *Sapient.*, cap. xi, v. 21.

ro, peso y medida.» El mundo, unidad maravillosa, es una multiplicidad inmensa, medida por un arte infinito. En esta multiplicidad los elementos se agrupan y los grupos se compenetran de tal suerte, que todos se apoyan en un solo punto. Este punto es el Infinito, de quien procede el mundo, Dios uno, cuyo número nos revela el poder fecundo, perfección del Padre Eterno; cuya medida nos declara la sabiduría admirable, perfección del Verbo; cuyo peso nos pone de manifiesto el amor sin límites, perfección del Espíritu Santo. He aquí, señores, el tema del cántico que intento haceros oír en este día, para aliviaros de las fatigas del razonamiento y de la aridez de las discusiones.

I

Lleno de admiración á la vista del campamento de los hebreos, exclamaba Balaam: «¿Quién podrá contar el polvo de Jacob, y saber el número de la stirpe de Israel?» (1)—Mi admiración es incomparablemente mayor, señores, cuando considero en la obra de Dios el ejército innumerable de los seres de que se compone. Colocado sobre una esfera móvil, más pequeña, respecto de la inmensidad de los espacios, que un grano de arena en las playas del Océano, contemplo extasiado los cielos. Mi vista descubre en ellos millares de resplandecientes antorchas; y esos millares de antorchas son otros tantos mundos más grandes que el sol que tiene á la tierra, mi patria, por un humilde satélite. Durante cincuenta siglos la humanidad ha transportado de uno á otro de esos mundos su imaginación embelesada; pero he aquí que la ciencia ha venido un día á despertarla, y le ha dicho: «Yo puedo extender la visión que te transporta, y multiplicar tus encantos. Mirad.—¡Oh maravilla! se ha agrandado el espacio, se han abierto profundidades inmensas, se han descubierto nuevos

(1) Quis dinumerare possit pulverem Jacob, et nosse numerum stirpis Israel? (*Núm.*, cap. xxii, 10.)

mundos, y el hombre atónito ha exclamado: ¡lo infinito!

Si, es lo infinito: ¡qué distancias y qué muchedumbre! El astro resplandeciente, que dista de nosotros treinta y ocho millones de leguas, toca en cierto modo los extremos de nuestra esfera. La pálida Luna, el excéntrico Mercurio, el centellante Vénus, Marte con sus reflejos de púrpura, Júpiter con sus proporciones de gigante, Saturno con sus luminosos anillos, el misterioso Urano y el frío Neptuno, no se moverán solos en el espacio iluminado por los rayos del sol; una legión de astros, largo tiempo ignorados, combinan sus movimientos con las órbitas de los antiguos planetas. ¿Son éstos pequeños mundos que obedecen, desde el principio de las cosas, á las leyes de la creación, ó son por ventura los restos de grandes mundos, gastados por el tiempo, incapaces de retener alrededor de un centro enervado elementos más enérgicos? La ciencia está reuniendo los datos para dar su fallo sobre esta cuestión (1); pero no necesitamos esperar su respuesta para saber que todo nuestro sistema, sol, planetas, asteroides, meteoros, no tiene más importancia, en presencia de la inmensidad del universo, que una gota de agua de las que caen sobre la tierra. ¿Sabéis, señores, á qué distancia está, en el océano del mundo, la gota de agua más próxima á nuestra gota de agua, es decir, la estrella más cercana á nuestro sistema? No cancéis vuestra imaginación, pues la realidad es más poderosa que vuestra fantasía; ocho mil millones de leguas nos separan de la estrella más cercana á nosotros. Internaos en las profundidades del firmamento; pasad cuatro mundos más allá de la estrella polar, y ved aquí un astro que dista ciento sesenta mil millones

(1) Parece que la pequeñez de la masa total de los planetas menores, el cruzamiento de sus órbitas, la forma poliédrica que se ha reconocido en ellos, la ausencia de toda atmósfera, y, finalmente, la gran distancia que los separa del sol, son otras tantas razones para creer, con Olbers, que estos planetas son fragmentos separados de un astro, único en otro tiempo. (Estanislao Meunier: *Le ciel géologique*, cap. III, pág. 192.)

de leguas. Más allá las cifras se aumentan, la imaginación se confunde, y la ciencia cuenta sin cesar: cien años, mil años, diez mil años, mil siglos, diez mil siglos. ¿Qué lenguaje es éste, señores? ¿Por qué hablar de años y de siglos, pues no puede fijarse el número de leguas? Hay estrellas tan distantes de nosotros, que un mensajero velocísimo no puede recorrer el espacio que las separa de nuestro globo, sino en cien años, mil años, diez mil años, mil siglos, diez mil siglos, con pasos de relámpago; con pasos de relámpago, porque este mensajero es la luz, la luz, que recorre setenta y cinco mil leguas por segundo.

¡Qué distancias, gran Dios! Pero entre estas distancias, ¿creéis que no hay sino tinieblas y un helado abismo de vacío?—No.—El telescopio, á medida que se va perfeccionando, nos revela más allá de esas seis mil antorchas que distinguimos á simple vista, millones y millones de soles, á los cuales cada día se agregan otros nuevos, cuya luz, viajera desde el día de la creación, llega hoy ó llegará mañana á nosotros. Y esos millones de soles son los restos apagados de una nebulosa que nos lleva al impulso de su movimiento; y á distancias inconmensurables existen otras nebulosas cuyas órbitas están pobladas por millones de soles. ¡Qué números! Pues no es esto solo. Más allá del último rayo de luz que alcanzan nuestros más poderosos instrumentos de óptica, el espacio no termina aún; entre los soles, restos de las nebulosas, no vemos, no podemos ver, y tal vez no llegaremos á ver jamás otros restos, el innumerable ejército de planetas y asteroides que giran alrededor de esos soles como centros.—*Quis dinumerare possit pulcerem?* ¿Quién podrá contar las estrellas del cielo?

Y no obstante, señores, esa multitud inconmensurable no representa todos los números de la creación, que se divide en tantos seres cuantas son las partes que la constituyen; y estas partes se multiplican en el infinito *descendente* con una prodigalidad no menos admirable que los grupos en lo infinito *ascendente*. La mirada de la ciencia, dirigiéndose de las fronte-

ras de la inmensidad hacia las fronteras de la nada, ve surgir una infinidad de mundos microscópicos. No hablo de los átomos inorgánicos, unidos entre sí por las leyes de la atracción molecular, sino de los seres vivientes. Admirados de la fecundidad de las plantas y de los animales, nuestra imaginación confundida rehusa representarnos el número de briznas de las hierbas, y el número de los infusorios é insectos que alcanza á distinguir nuestra vista; pero á la mirada de la ciencia las briznas de las hierbas se convierten en bosques, y el arador es un monstruo gigantesco. Ved ahí en los reinos vegetal y animal los microfítos y los microzoarios; los microfítos, de los cuales se necesitan mil millones para igualar en volumen á una gota de agua; los microzoarios, de los cuales un millar no pesa un gramo, y cuarenta millones apenas ocupan con sus conchas algunos centímetros cúbicos, y se acumulan por millares en un átomo del más fino polvo (1). Estos vivientes existen en todas partes: en el aire, en el agua, en la tierra, en nuestro cuerpo y hasta en nuestra sangre. Los veréis balancearse sobre un rayo de sol; legiones de ellos atravesaran vuestras fauces cuando coméis, cuando bebéis y cuando respiráis: bajo vuestros pasos forman capas, capaces de sostener ciudades enteras. Sus órganos, sus miembros, sus funciones, sus costumbres, son otras tantas maravillas. Hay entre ellos, á pesar de su pequeñez, gran desigualdad, pues cuentan sus aradores y sus elefantes. Los unos conservan, desde su nacimiento hasta su muerte, formas determinadas; los otros, verdaderos Proteos, sufren más de cien metamorfosis por día. Los creeríais frágiles, y resisten más que vosotros; los hielos y los desiertos, el calor y el veneno, todo lo soportan. Muchas veces aparecen secos y muertos, y una sola lágrima del cielo sobre la abrasada arena, una gota de rocío

(1) Cf. Erenberg: *Los animales infusorios... Mirada sobre la vida orgánica oculta en la naturaleza.*—Cf. M. Schwilgintweit: *Memoria leída en el Instituto el 4 de Agosto de 1868, sobre la tierra traída recientemente por él del Thibet.*

basta para volverlos á la vida después de muchos años de una muerte aparente (1). Así, pues, cuando vuestra vista haya recorrido la tierra y contado los seres vivientes, aún le falta mucho que andar; la flora y la fauna microscópicas son mucho más extensas que la la fauna visible. ¿Quién podrá contar este polvo de flora y vida? *Quis ánumerare poterit pulverem?* Y tanto más, señores, cuanto que el número incommensurable de este polvo debe multiplicarse probablemente por sí mismo tantas veces, cuantos son los mundos creados en el espacio. Esto es abrumador, pero escuchad; yo oigo una voz que dice: «¡Aún más, aún más!»

¿Adónde volver la vista? No á la tierra, señores, ni al cielo de los astros. Salvad las fronteras de la nada, atravesad el universo, y en el punto extremo en que la ciencia os abandona, preguntad á la fe si no hay más que enumerar. ¡Oh prodigio! Los números de la materia desaparecen y se borran en presencia de los que nos muestra la fe. El ejército de ángeles, con sus escuadrones incorpóreos, remonta hacia el infinito su perfección en escala siempre ascendente. ¿Cuántos son?—El Profeta vió un millar de millares que ejecutaban las órdenes de Dios, y mil millones que estaban en su presencia (2). El gran Apóstol cuenta una multitud de muchedumbres de miles, *multorum millium frequentiam* (3). San Juan, miradas de miradas, esto es, un

(1) Si la simple vista nos muestra la vida extendida en toda la atmósfera, con el auxilio del microscopio nos descubrirá mayores maravillas. Rotíferos, bragniones y una infinidad de animalículos son levantados por el viento de sobre la faz de las aguas que se evaporan. Sin movimiento, arrojados en una muerte aparente, revolotean en el aire acaso por años enteros, hasta que el rocío los hace caer en tierra, disuelve la cubierta que envolvía sus cuerpos transparentes, y con su movimiento vertiginoso, y probablemente por medio del oxígeno que todas las aguas contienen, se excita de nuevo la irritabilidad de sus órganos. (De Humboldt: *Cuadros de la naturaleza. Ideas sobre la fisiología de los vegetales.*)

(2) *Millia millium ministrabant ei, et decies millies centena millia assistebant ei.* (Daniel, vii, 10.)

(3) Hebr., cap. xii, vers. 22.

ejército innumerable que nadie basta para poderlo contar: *Turbam magnam quam dinumerare nemo poterat* (1). En efecto: «es preciso creer que no pueden contarse, dice Bossuet; y la prodigiosa multiplicación que se ha hecho por los mayores números, sólo indica que son innumerables, y que el espíritu humano se pierde en esta inmensa muchedumbre. Contad, si os es posible, las arenas del mar ó las estrellas del cielo, las visibles y las invisibles, y creed que no habéis llegado al número de los ángeles. Nada le cuesta á Dios multiplicar las cosas excelentes; y lo que hay de más bello es lo que, por decirlo así, El más prodiga» (2).—¿Y cuál es la razón de esto?—«Porque lo que Dios intenta en la creación principalmente, dice Santo Tomás, es la perfección del universo, que se aproxima, en cuanto es posible, á su propia perfección, la cual le comunica multiplicando sobremanera las cosas más perfectas. No pudiendo comunicar á los ángeles la inmensidad de extensión, que sólo conviene á los cuerpos, les comunica la inmensidad de número, de tal suerte, que excedan incomparablemente en multitud á todas las sustancias criadas» (3).

Si el número pudiera ser infinito, estaríamos, señores, en presencia de lo infinito; pero el número, por más grande que se le suponga, no puede tener esta perfección acabada, propia de solo un sér colocado á

(1) *Apocalyp.*, cap. v, vers. 11; cap. vii, vers. 9.

(2) Bossuet: *Elevaciones sobre los misterios*: semana 4.<sup>a</sup>, elev. 1.<sup>a</sup>

(3) *Dicendum est, quod etiam angeli secundum quod sunt immateriales substantie, in quadam multitudine maxima sunt, omnem materialium multitudinem excedentes. Et hoc est quod dicit Dionysius (4.º cap. *Celest. Hierarch.*): «Multi sunt beati exercitus supernarum mentium, infirmam et constructam excedentes nostrorum materialium numerorum commensurationem. Et hujus ratio est, quia cum perfectio universi sit illud quod Deus intendit in creatione rerum, quanto aliqua sunt magis perfecta, tanto in majori excessu sunt creata á Deo. Sicut autem in corporibus attenditur excessus secundum magnitudinem, ita in rebus incorporeis potest attendi excessus secundum multitudinem... Unde rationabile est quod substantie immateriales excedant secundum multitudinem substantias materiales quasi incomparabiliter. (*Summ. Theol.*, 1.º p., q. 50, a. 8.)*

gran distancia sobre todo número. No obstante, tal cual es el número de las cosas creadas, traspasa los límites de nuestra experiencia, los cálculos de nuestro espíritu y los esfuerzos de nuestra imaginación. Si nosotros pudiéramos contar los seres, una ilusión sacrilega nos haría creer fácilmente en nuestra divinidad; ¡que tanta es la fuerza del orgullo para llevarnos hasta la extravagancia! Mas ahora, oprimidos por la inmensidad, nos vemos obligados á confesar nuestra pequeñez y nuestra nada. La ciencia exagera igualmente este acto de humildad, y yo tendré ocasión más de una vez de revelarlos la profunda immoralidad de ese orgulloso desdén con que nos mira, y la postración á que nos condena. Notad aquí, señores, la extraña inconsecuencia de esos hombres que, rasgando el velo que ocultaba la naturaleza, nos presentan perspectivas infinitas, y rehusan ver en ellas el reflejo de la perfección, la única que puede explicarnos tanta grandeza. El mundo, por cualquier lado que se le considere, es un enigma indescifrable, si se prescinde de la causa fecunda que ha producido, con una prodigalidad en cierto modo infinita, los seres de que él se compone. Demasiado pequeño á la vez, puesto que se divide, y demasiado grande, puesto que no llegamos hasta sus fronteras, nos invita á reconocer y adorar la omnipotencia de su Creador.

¡Oh Dios! Más que vuestra existencia, es vuestra inagotable fecundidad y vuestra infinidad lo que nos reveláis con la proyección indefinida de los números en las cosas creadas. Pero estos números no son sino elementos confusos de la armonía, que debe mostrarnos en vuestra obra más claros indicios de las armonías eternas. Mostradnos vuestra sabiduría en la medida, como nos habéis mostrado vuestro poder en los números.

Señores: las combinaciones que pueden sufrir los números crecen en proporciones tan colosales á medida que aumentan, que no podemos hacer treinta sin

que la imaginación se confunda. Dos unidades no se combinan sino dos veces; pero tomad cinco unidades, y tendréis ciento veinte combinaciones; tomad doce, y tendréis una suma enorme de cuatrocientas setenta y nueve millones mil seiscientas combinaciones. Juzgad por aquí cuál sería el desorden del universo si el Omnipotente, que ha multiplicado los seres en una proporción casi infinita, no hubiese dado á todos y á cada uno la justa medida que convenia á la belleza de las partes y á la perfección del todo.

Los números de la creación son armoniosos, pues la Sabiduría divina ha regulado su valor, su movimiento y la fórmula de su expresión, como el artista regula el valor, el movimiento y la expresión de las notas y frases musicales que reune en un canto sublime.

Escuchad esta Sabiduría eterna é infinita, que ha hablado al santo Job en otro tiempo, para corregir los insensatos discursos de sus amigos: «Ella es la que echó los cimientos de la tierra, determinó sus medidas y tiró sobre ella la primera cuerda de medir. Ella puso diques al mar, cuando se derramaba por fuera, como quien sale del vientre de su madre, y dijo: «Hasta aquí llegarás, y no pasarás más allá; aquí se quebrantarà la soberbia de tus olas.» Ella manda á las estrellas de la mañana, muestra á la aurora el lugar de su nacimiento, traza á la luz sus vías misteriosas, al aquilón su camino, al torrente desbordado su paso y al relámpago su derrotero. Ella saca del tesoro de las aguas el rocío de la mañana, las lluvias del otoño y las nieves del invierno: ella concentra las centellantes pléyades de Tauro y dispersa las estrellas de Orión. Ella prepara la presa á la leona, y regocija á sus cachorros; fabrica los peñascos donde pare la cierva, concede su libertad al onagro, sus galas al pavo real, al avestruz la ligereza de sus pies, que desafia al caballo y al jinete; al caballo su crin ondulante, su resuello aterrador, su fuerza y su bravura, que espanta al enemigo; al águila el vuelo tan poderoso con que se remonta hasta las nubes, y la mirada tan penetrante con que descubre á muchas leguas su presa. Ella ha creado á Behe-

mot (1), Behemot de riñones sólidos, de ijares macizos, de cola terrible, de músculos entretreídos, de huesos de bronce y de ternillas de hierro. Esta es la obra maestra de sus manos. Los montes más altos producen heno para él, y las bestias del campo retozarán junto á él: duerme en los lugares secretos, en medio de los juncos floridos y en el fango de los marjales, los cañaverales le cubren con su sombra y los sauces del arroyo le protegen con sus hojas. He aquí que se soberbía un río, y no se maravillará, y se promete que el Jordán entrará por su boca. La Sabiduría es la que ha formado á Leviatán, armado de feroces dientes y cubierto de terribles escamas: Leviatán de aliento de fuego, y de corazón duro como una roca: Leviatán que desafia la espada, la lanza, el dardo, la flecha y la clava. Debajo de él están los rayos del sol, y hace hervir como una olla el fondo del mar, y lo pone como cuando hierven los perfumes de Oriente. El fué creado para no temer á nadie... él es el rey de los hijos de la soberbia. En fin, ella es, la sabiduría de Dios, quien da á los animales el instinto y al hombre la inteligencia» (2).

He abreviado, señores, el canto divino, que á su vez no es sino un resumen de los acentos sublimes de la Sabiduría eterna, formando un concierto con los números infinitos de la creación. Podéis descender á todos los reinos, seguir sus variedades, preguntar á cada grano de arena de que se compone el universo, y pedirle su medida, que él os responderá. Sustancias, formas, movimientos, relaciones, todo está contado y colocado con un arte infinito, que llena de asombro á los sabios, áun á aquellos que no quieren elevarse sobre una experiencia vulgar. Un mineral con sus maravillosas combinaciones, una brizna de hier-

(1) Parece que la divina Sabiduría nos describe aquí, bajo el nombre de Behemot, el hipopótamo ó caballo marino, así como la ballena, bajo el nombre de Leviatán; aunque no falta quien por Behemot entienda el elefante, y por Leviatán el codrillo. (N. del T.)

(2) Job, caps. xxxviii ad xli.

ba, un musgo, un insecto microscópico por los prodigios de su nacimiento, de su desarrollo, de su fecundidad, de la composición y disposición de sus órganos; ¡qué digo! una colmena de abejas, un nido de pájaros, una simple tela de araña, se ofrecen á nuestra consideración como otras tantas armonías: ¡cuánto más los espíritus con sus puras y tan admirables operaciones! Mas ya os he dicho, señores, que no seguiremos á las ciencias en sus trabajos particulares, ni nos daremos cuenta del valor, del movimiento y de la expresión de cada nota y de cada frase musical en el grandioso himno de la creación. Limitáremos, pues, á un ligero estudio del ritmo general que produce la belleza del conjunto.

Lo que desde luego me admira en este conjunto es la progresión de los seres, y la simplicidad de sus leyes. Los seres se distinguen entre sí por una medida propia á cada uno de ellos; pero podían estar dotados de esta distinción en medio de la sencilla uniformidad de ritmo, que haría de la creación una obra inmensamente triste y enojosa. En lugar de esto, señores, los vemos sucederse unos á otros sin confundirse nunca, y subir hacia lo infinito por líneas progresivas, donde se oye á cada paso el *crescendo* de la perfección. La idea divina se manifiesta con tanta claridad en la disposición metódica de todas las existencias reunidas, que es preciso haberse obstinado en cerrar los ojos para no descubrir allí el plan de una sabiduría sublime. Los antiguos se complacían en recorrer la escala misteriosa que desde el sér á la vida, desde la vida á la sensación, desde la sensación á la inteligencia, los conducía hasta los atries santos de la morada celestial (1).

(1) In rebus omnibus inanimata corpora infimum locum tenent, in quibus emanationes aliter esse non possunt nisi per actionem unius eorum in aliquid alterum...  
 Post inanimata corpora proximum locum tenet planta, in quibus jam emanatio ex interiori procedit.  
 Ultra plantarum vero vitam altior gradus vite invenitur,

¡Cuál sería hoy su gozo si, aprovechándose de los descubrimientos de la ciencia, pudieran aproximar más, mediante clasificaciones más completas, los escalones tan distantes, por los cuales se elevaban, sin embargo, con tan entera confianza! No hay cosa más árida que una clasificación científica, si se estudia sólo someramente; mas si se busca en ella la idea que la ha hecho posible, se deja oír una solemne expresión del sagrado ritmo del universo. Las diferencias de formas y de propiedades secundarias determinan las variedades, pero la variedad pertenece á la especie; una distinción elemental é inmediata, y los límites de fecundidad de los vivientes determina la especie, pero la especie pertenece al género: la ausencia de ciertos caracteres comunes, muy importantes y muy notables, diferencia los géneros, pero los géneros pertenecen á la familia; y reduciendo de este modo las semejanzas hasta llegar á la unidad de un carácter fundamental, extendido en una inmensa multitud, se ven pasar los seres de la familia al orden, del orden á la clase, de la clase al tipo, y del tipo al reino. Los reinos parecen separados por abismos, si no se atiende más que á su definición, pero en realidad están contiguos.

En las fronteras inferiores del mundo orgánico flotan indecisos centros de células rudimentarias, que apenas se distinguen de la materia inorgánica; y en los confines inferiores de la vida sensitiva el microscopio nos descubre organismos elementales, que parecen oscilar entre el reino vegetal y el reino animal. Recorriendo una por una las clasificaciones científicas...

quae est secundum vitam sensitivam, cuius emanatio propria, etsi ab exteriori incipiat, in interiori tamen terminatur...

Supremus et perfectus gradus vite est secundum intellectum; nam intellectus in seipsum reflectitur, et seipsum intelligere potest...

Perfection est intellectualis vita in angelis in quibus intellectus ad sui cognitionem non procedit et aliquo exteriori, sed per se cognoscit seipsum...

Ultima perfectio vite competit Deo, in quo non est aliud intelligere et aliud esse. (D. Thom., *Summa contra Gentiles*, lib. iv, cap. xi.)

cas, es fácil seguir la marcha ascendente de la perfección en la escala de los seres: perfección de la composición elemental y de las formas geométricas en los cuerpos inorgánicos, desde los cuerpos puramente amorfos hasta el más fino, más elegante, más brillante, más precioso de cristales; perfección de los tejidos y productos en los vegetales, desde los más sencillos líquenes hasta el cedro de las montañas, el roble de los bosques, y el árbol fértil de los jardines; perfección de la construcción del organismo y de las funciones en los animales, desde el más oscuro infusorio hasta el más noble de los vertebrados. Todo crece, se ensancha, sube y llega, por una progresión no interrumpida, al punto en que la materia debe unirse con la inteligencia.

Más ¿cuál es ese término en que la materia está unida á la inteligencia? Lo habéis adivinado ya, señores: sois vosotros, soy yo, es la humanidad. La humanidad, especie, género, familia y reino, único en que se reunen todas las perfecciones del mundo inferior, y donde empieza la perfección del mundo superior. Porque, como habéis oído hace poco, hay un mundo superior, el mundo de las sustancias espirituales, más numeroso que el de las sustancias materiales. Allí cada sér se distingue de los otros seres, como una especie se distingue de otra especie; allí las especies se distribuyen en nueve coros; allí los coros se unen en tres jerarquías; allí la Sabiduría divina ha regulado el número; allí progresan, tendiendo sin cesar hacia la perfección infinita, la inteligencia y el amor; allí se continúa y se acaba, por una explosión suprema, un trino inefable, el ritmo comenzado en los confines inferiores de la creación. Admirad la obra de Dios, señores: aquí abajo, tres reinos ascendentes; allí arriba, tres jerarquías ascendentes; en el intermedio, un reino mixto llenando el abismo que separa la materia del espíritu; la suma *siete*-número místico, sobre el cual reina eternalmente la perfección infinita, la armonía divina. Descended y volved á subir esta escala sagrada; escuchad cada una de las notas y cada una de las frases

del himno universal, y por todas partes oiréis, más débil si estáis abajo, y más fuerte si estáis arriba, este grito de las criaturas: «Yo subo á mi Padre.» *Ascendo ad Patrem.*

Con la progresión de los seres admiro igualmente, en el conjunto de la obra divina, la simplicidad de las leyes; esto es, ese pequeño número de leyes generales á las cuales se reducen, como ramas á su tronco, todas las leyes particulares que causan la variedad en una vasta unidad. Y en primer lugar, veamos la ley de la composición, en virtud de la cual los mismos elementos entran con proporción invariable, sea por afinidad, sea por asimilación, en la composición de todos los cuerpos terrestres y celestes. Hemos analizado la tierra, señores, y reducido á un número limitado los primeros principios de todos los cuerpos contenidos en ella. Esos principios, ¿no son bastante groseros para formar los resplandecientes astros que pueblan la inmensidad del firmamento? ¿No deberíamos inventar una materia más sutil, más pura, más digna de aquellos focos que derraman torrentes de luz? No.—El cielo nos ha enviado las cenizas de sus planetas apagados. ¿Qué digo? Hemos interrogado á la luz misma, la hemos obligado, por el análisis del espectro, á que nos descubra el misterio de la composición de los soles, de que ella es para nosotros veloz mensajera; y ved aquí lo que nos ha dicho la luz: «La composición del universo físico no es tan variada como pudiera creerse *à priori*; ella tiende á reproducir un mismo plan general sobre escalas diferentes. Si las nebulosas y nuestro globo difieren mucho desde el punto de vista de la constitución, y no obstante tenemos la prueba de que obran en ellos las mismas fuerzas, y de que cierto número de elementos les son comunes. Las estrellas, por lo menos las más brillantes, presentan respecto de nuestro sol, á pesar de la enorme distancia que de él las separa, tales caracteres de semejanza, que es muy probable que tengan una constitución enteramente análoga á la suya. Asimismo, las nebulosas irresolubles están formadas de gases muy análogos á los que constituyen los co-



metas y las estrellas errantes; gases que entran igualmente en la composición de nuestro planeta, transportados á él por estos últimos meteoros. Esta unidad de constitución en los astros dispone el espíritu á considerarlos como procedentes de un mismo origen (1). Esperemos un poco más, señores, y la tierra, completamente explorada, y comparada con el cielo mejor estudiado, proclamará la gran ley de la unidad de la materia elemental en toda su extensión.

Esta materia elemental, dominada por una fuerza trascendental, se convierte en los seres vivientes en un elemento orgánico, la célula. Aquí, como en el mundo inorgánico, todo se ajusta á una misma ley, todo pasa por las mismas proporciones y por la misma medida. ¡Qué inmensa variedad de formas en las innumerables legiones de seres comprendidos en los dos reinos, animal y vegetal! Sin embargo, á pesar de esta variedad, á pesar de los misterios extraños de la metagenesis, que altera las generaciones; á pesar del cuidado receloso con que ciertos seres ocultan su himenco, la experiencia nos permite afirmar que un viviente no se conserva ni se aumenta sino por la asimilación; que todo viviente nace de huevo y del acto generador (2).

Regulados de esta suerte en su formación todos los seres, desde los que se mueven bajo la influencia de una ley particular, como los flúidos, las aguas, la savia vital sometida á una maravillosa circulación, hasta los que se mueven al impulso de una voluntad propia, todos obedecen á una misma ley de movimiento. De una molécula á otra, de un astro á otro, la atracción, proporcional á la masa y á la distancia, establece una especie de misteriosa simpatía. Haría del mundo entero un solo cuerpo compacto é impenetrable, si otra fuerza no trabajase por separar los elementos

(1) Estanislao Meunier: *Le ciel géologique*, cap. 1, conclusión.

(2) Esta gran ley del origen de la vida, *Omne vivens ex ovo*, proclamada por Linneo, cada día es confirmada por la experiencia.

que ella tiende á reunir. Sometidos á esta fuerza los planetas, con todo lo que contienen, circulan, sin jamás pararse, alrededor de los soles; y los soles mismos siguen su camino desde el día de su nacimiento, para verificar su inmensa revolución alrededor de un centro desconocido, encubierto por el espacio á nuestras investigaciones, pero que nos hace sentir sus lejanas influencias. Por una analogía admirable, este ritmo general del movimiento y esta vasta unidad del firmamento se reproducen en el mundo de los espíritus. Todos gravitan alrededor de un mismo centro, que se llama la verdad y el bien, en cuanto atraen á sí el entendimiento y la voluntad. Y así como de los movimientos de la materia resultan la luz y el calor, así de los movimientos del espíritu resultan la luz pura del pensamiento y el calor santo del amor.

Desearía, señores, detenerme, pero el tiempo pasa, y me advierte que debo ceñirme sólo á indicaciones generales. Otro asunto nos ofrecerá ocasión de examinar más de cerca las leyes del mundo espiritual. He dicho lo bastante para que podáis daros cuenta de los números sujetos al ritmo. Con todo, esta belleza oculta en las profundidades del universo, no habla sino á la razón ayudada de la ciencia. ¿Y no ha hecho nada la Sabiduría divina por la razón popular, prevenida siempre por la imaginación? No lo penséis así. Dios sabe adornar, mejor que los artistas humanos, sus combinaciones admirables de la belleza universalmente inteligible con contrastes y limitaciones. Bien podrá no comprenderse, al escuchar una buena pieza de música, las distancias matemáticas de los sonidos; pero las oposiciones de tonalidad, de movimiento y de expresión, y los cantos imitados que se siguen y se repiten de una parte á otra, sobre todas las notas de la escala musical, encantan el oído del oyente más vulgar. Lo mismo sucede en el mundo. El mundo está lleno de contrastes: contrastes del orden físico y del orden moral; contrastes de la tierra y del cielo; contrastes de los climas y de las estaciones; contrastes de la luz y de las tinieblas, de grandeza y de pequeñez, de fuerza

y de debilidad, de rigidez y de flexibilidad, de desalifo y de gracia; contrastes de alturas y de abismos, de tempestades y de grandes calmas; contrastes de la vida y de la muerte; contrastes de pensamientos sublimes y pensamientos vulgares, de pasiones violentas y de pasiones apacibles, de costumbres civilizadas y de costumbres bárbaras; y en el fondo de este contraste, el contraste de este movimiento universal de todas las cosas en el eterno reposo de las leyes.

Transportada violentamente la imaginación de una cosa á otra, mediante los contrastes, se acerca nuevamente al conjunto mediante las imitaciones. El firmamento se nos ofrece como un vasto campo, cuyas flores son las estrellas, flores desde mucho tiempo abiertas, y no obstante flores perecederas que, al marchitarse, dejan caer en los espacios, y en lluvia de fuego, los pétalos luminosos de sus deshechas corolas: aquí en la tierra las flores de las praderas son las estrellas. Competiendo con el cielo, revístese el Océano, durante las noches templadas y apacibles, de fuegos móviles, que se levantan de las profundidades del abismo sobre la faz de las aguas; mientras que sobre curvas trazadas en el fondo de los mares, giran las estrellas vivientes y crecen las flores animadas, margaritas de púrpura y pálidas anémonas. Hay en él igualmente sus praderas, sus bosques, sus caminos, sus rebalios tímidos, sus carniceros, sus bestias fieras y sus gigantes. A su vez la tierra tiene sus olas tempestuosas; rocas, desfiladeros, colinas, montañas y llanuras interminables, desiertos, estepas y sabanas que imitan las ondulaciones, los furoros y la inmensa extensión de los mares. Los reinos de la naturaleza se prestan uno á otro notas y frases imitativas. Los cristales florecen en el fondo de las grutas; los veréis durante los días rigurosos transformarse en líquenes, musgos y helechos transparentes. Las plantas reproducen en sus tallos y caprichosas corolas las formas de reptiles y de insectos, así como la semblanza de los animales. En desquite de la ley que los tiene fijos al suelo, emprenden largos viajes, arrastrándose como serpientes, na-

dando como peces, ó bien enviando sus granos alados como aves, á visitar otras comarcas, y á fundar lejanas colonias. ¿Qué es aquel insecto colocado sobre el verde césped? Es un rubí, un zafiro, un topacio, una esmeralda, una piedra preciosa en movimiento. ¿Y ese otro que yo iba á coger? Es una flor que vuela y que acaba de separarse de su hermana.

Y la pobrecita dice á una mariposa encantadora: «No te vayas: mira cuán diferentes son nuestros destinos; yo me quedo, y tú te marchas. Sin embargo, nos amamos y vivimos sin los hombres, y apartadas de ellos: nos asemejamos, y dicen que las dos somos flores. ¡Oh! ¿Por qué á nuestro amor se le acaban los días felices? ¡Oh rey mío, toma asiento aquí conmigo, ó dame tus alas para seguirte!» (1).

¿Qué de imitaciones, hasta de sociedad, de industria y de pasiones humanas, en las monarquías siderales, en las repúblicas animales, y en los trabajos, combates y amores de los seres que no tienen para esto sino las inspiraciones del instinto! En la belleza popular, tanto como en la belleza científica de la creación, se

(1) Dijo la pobrecita  
 Con timbre fino:  
 No te vayas, hermosa;  
 Mas si el destino  
 ¡Oh mariposa!...  
 Es distinto del mío,  
 Vuela con brío,  
 Separadas del hombre  
 Las dos queridas,  
 Tiernas nos cariciamos  
 Siendo creídas,  
 Cual lo anhelamos,  
 Hermanitas de flores,  
 Juntas de amores.  
 Sea eterno el cariño  
 Que me regalas;  
 Haz asiento á mi lado,  
 Si no, tus alas  
 Dame, y tu vado  
 Seguiré con ventura  
 Por aura pura.

(VICTOR HUGO: *Chants du crépuscule*, chant xxvi.)

reconoce la mano del Artista supremo, la Sabiduría eterna. Si: ella es la que se manifiesta en la medida de los números. «Dios la posee desde el principio de sus caminos. Antes que nada se hiciese, ya existía. Estaba con El regulando y gobernando todos los seres, y deleitándose en el universo (1) con la facilidad, variedad y adorno de sus obras. Magnífica en las cosas grandes, é industriosa en las pequeñas; rica en las pequeñas é inventora en las grandes» (2). Era desde el origen principio viviente de todas las cosas; Verbo divino por el cual fueron hechas todas las cosas, y en el cual todas eran vida (3). Adorémosla, señores, y preparémos a admirar la consumación de su obra en el amor.

No basta que el valor, el número y la expresión de los números estén regulados en la armonía; es necesario, además, según hemos dicho, que las notas formen la proporción de la variedad en la unidad, y que las disonancias parciales, si las hay, se resuelvan en una armonía perfecta: sólo así puede haber armonía. No era posible que faltase la sabiduría divina á esta condición fundamental; por eso ha llamado en su ayuda al amor, para acabar por el peso la medida de los seres. «Mi peso es mi amor,» dice San Agustín: *pondus meum amor meus*. Apliquemos estas palabras á la obra de Dios. Su peso es su amor, es decir, esa ley de que los seres inferiores no tienen conciencia, y que los lleva contra sus tendencias é instintos egoístas, hasta darse en sacrificio, hasta la penetración de su existencia propia en otra existencia; esa ley que establece entre

(1) Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio... Cum eo eram cuncta componens: et delectabar per singulos dies, Iudens in orbe terrarum. (Proverb., cap. vii, 22, 30, 31.)

(2) Elecciones sobre los misterios, 3.ª semana, 8.ª elevación.

(3) Joan., cap. i.

los reinos de la naturaleza una solidaridad tal, que los seres inferiores reciben toda su nobleza de los superiores, y que éstos no existen sino para aquéllos; esa ley que la ciencia descubre en la tierra y en el cielo, y que la poesía ha cantado en fascinadores versos. Aplicad el oído á las voces de la naturaleza, y oiréis este grito: «¡Yo amo!»

«¡Oh! vosotras murmuráis en vuestras esferas sagradas, estrellas de la mañana, esta palabra triste y conmovedora; la más frágil de vosotras ha querido recorrer, cuando fué criada por Dios, las esferas etéreas en busca del sol, su amante inmortal; se ha lanzado en el seno de las profundas noches de la creación; pero otra lo amaba también, y los mundos empezaron á moverse alrededor del firmamento» (1).

No acuséis de extravagante el canto del poeta, se-flores. Los mundos infinitos que pueblan el universo tienen, como hemos dicho, una constitución análoga á la nuestra; y, por consiguiente, tenemos motivo para creer que están sujetos á la misma ley de amor, y que lo que pasa en nuestra esfera se reproduce en la más lejana esfera del espacio. ¿Y qué es lo que pasa en nuestra esfera? Voy á deciroslo.

La progresión admirable que acabamos de señalar en los seres no es el simple resultado de su yuxtaposición. Se prestan mutuos servicios, se compenetran, y se apoyan todos en un solo punto, en que se manifiesta

(1) Alfredo de Musset.

En vuestra marcha por celeste esfera  
Los mundos al cruzar, tarde y mañana  
Esta palabra dulce y placentera,  
Siempre decís con gracia soberana,  
Bellas estrellas de la bella aurora;  
Y de Febo la ruta encantadora  
Signe con ansia, de su amor llevada,  
La más sencilla de esa gran miriada  
Cual á su esposo, que en delirio adora:  
A él se lanza ciega, enajenada:  
Mas otra detrás de ésta viene amando,  
Y así los orbes siguen su carrera  
Del firmamento en derredor viajando.

la existencia de la obra total del Criador. La materia inorgánica se presta fácilmente á una asimilación misteriosa, para enriquecer con su propia sustancia hasta á los vivientes más perfectos; todo el reino vegetal se mantiene á sus expensas. El calor fomenta suavemente la adormecida semilla, y apresura la germinación. El agua se eleva en ligeros vapores, desde el seno de los océanos, recorre las alturas de la atmósfera, cae en copos de nieve, en lluvias, en rocío, y se convierte en arroyos, en torrentes y ríos, para ir á disolver ó multiplicar los elementos acumulados por la tierra en los pequeños sumideros donde van á ocultarse. El aire abandona su carbono en los labios microscópicos que lo aspiran; la luz se descompone en mil matices, y pinta sucesivamente las hojas, las flores y los frutos; la apacible brisa, mensajera de los castos amores, deja caer en lluvia invisible el polvo fecundante que las flores le confían; el calor que ha comenzado la vida, la lleva á cabo sazonzando los frutos. Y he aquí que todos estos elementos, calor, agua, jugo de la tierra, aire, luz y brisas, se convierten en otro viviente, recompensando de esta manera al mundo inorgánico de sus larguezas con el rico manto que cubre su desnudez.

A su vez el reino vegetal se comunica igualmente. «La existencia de los vegetales, dice un gran naturalista, es la que sustenta las especies animales. Trabajan continuamente por unir bajo nuevas formas los elementos separados por la muerte, por ordenar la materia inerte de la tierra, y mediante su fuerza vital preparan este conjunto que, después de mil modificaciones, se ennoblece por último formando masas nerviosas, órganos del sentimiento y de la inteligencia» (1). Los vegetales con su respiración purifican el aire, de que se abreva el pulmón de los animales, y comunican con pródiga mano todos sus bienes; al insecto el jugo de las flores, al pájaro el grano de las plantas, á los trepadores el fruto de los árboles, á los ganados la

(1) De Humboldt: Cuadros de la naturaleza. Ideas sobre la fisiología de los vegetales.

hierba de los campos ó el musgo de las rocas, y á todos un festín generoso que se renueva sin cesar. En cambio, los convidados satisfechos, con sus patas velludas, con sus alas, con sus vellones y sus excrementos mismos, sirven á sus huéspedes de sembradores y fecundadores (1).

En el reino animal como en el vegetal, notamos una ley de superabundancia que, revelándonos la fecundidad del Criador, parece asegurar á ciertas especies el predominio de su número, y amenaza el equilibrio de la vida; pero la ley de superabundancia está equilibrada por la ley del sacrificio. Lo que hay demás en algunos vivientes, desaparece en hecatombes de que se aprovechan otros vivientes, y así el peso de los seres sirve para mantener su justa medida: el amor viene en auxilio de la Sabiduría divina (2).

Seguid hasta su término el movimiento de penetración que funda un reino de la naturaleza en otro, y llegaréis á un mundo sublime en que se encuentran: en el hombre, llamado por los antiguos *microcosmos*, pequeño mundo, y por la Escritura, *omnis creatura*, toda criatura. El mundo no es ni obra ni conquista del hom-

(1) En otro tiempo se atribuía casi exclusivamente al viento la fecundación de las flores cuyos sexos están separados. Kohreuter y Mr. Sprengel han probado, con una sagacidad admirable, que las abejas, avispas y un gran número de pequeños insectos voladores, desempeñan el papel principal en esta operación. Digo el papel principal, porque pretender que la fecundidad no pueda absolutamente tener lugar sin el intermedio de estos pequeños animales, no me parece una aserción conforme á la índole de la naturaleza, como lo ha demostrado M. Willden harto minuciosamente. Pero por otra parte, es preciso observar que la dicogamia, las manchas encarnadas de los pétalos que indican los depósitos que contienen la miel, y la fecundación por el concurso de los insectos, son tres circunstancias casi inseparables. (De Humboldt: Cuadros de la naturaleza. Ideas sobre la fisiología de los vegetales, nota 4.)

(2) Si todos los granos de alguna planta pudieran germinar, en poco tiempo invadirían comarcas enteras. Si todos los hijos de un pulgón viesen y engendrasen, al final de una sola estación, puestos unos junto á otros, cubrirían cuatro hectáreas de terreno. En menos de la vida de un hombre, los abadeses y los estruones podrían llenar los océanos.

bre, y sin embargo lo posee, porque es más grande que él. Absorto en su obra maestra, le dijo Dios con amor: «Sé dueño y somete á tu imperio los seres que te han precedido.» *Dominamini, subjicite.* Así se ha hecho; el hombre es señor. Sus necesidades y sus placeres, en todos los reinos hallan tributarios y fieles servidores. El toma como soberano la morada que habita, los vestidos que le abrigan, los adornos con que se atavia, los variados alimentos con que se sustenta, los perfumes que respira, los remedios que aplica á sus males, las fuerzas que le alivian de sus fatigas, los instrumentos de su trabajo y la materia de sus invenciones. En ellos ejerce el poder de su inteligencia, en ellos satisface los caprichos de su imaginación y da solaz á sus sentidos. Al verlo vivir una vida superior á toda vida y á todo sér viviente, se diría que es el rey de la tierra: lo es, en efecto, y lo será siempre. Desde que el primer *fiat* sorprendió á la nada, Dios hacía sucederse, en provecho de su criatura privilegiada, las épocas y las revoluciones del globo. Para el hombre se levantaban las montañas que debían coronarse de hielo y perpetuas nieves, y dar origen á los ríos, arterias fecundas, y caminos primitivos recorridos en sus emigraciones por las familias y las razas; para el hombre se aglomeraban los duros granitos y toda suerte de piedras; para él se depositaban en el fondo de los mares los más ricos mármoles, salían de las ardientes entrañas de la tierra multitud de metales y de piedras preciosas, se formaban bajo la acción de diversas causas todos los materiales de tan útiles construcciones, de tan perfectos instrumentos, de tan brillantes adornos y de tan admirables obras; para el hombre los espesos bosques de las edades antiguas eran arrancados por las tempestades, después de haber purificado la atmósfera saturada de gases deletéreos, ó sepultados por los diluvios, tendidos y fuertemente pensados en el fondo de los mediterráneos ó en los estuarios de los ríos, transformados, por una serie de acciones químicas, en capas inmensas de combustible, destinados á esperar que el genio de la industria viniera á exhu-

marlos, y hacer de ellos el más poderoso instrumento de la civilización moderna; para el hombre ensayaba el reino animal, gradualmente perfeccionado, los climas, y preparaba la aparición de las especies útiles. ¡Para el hombre! Si comprendéis esto, señores, no os admiraréis de la lentitud de Dios en la obra de la creación; no os escandalizaréis de encontrar en nuestros museos los restos de lo que vosotros llamáis razas perdidas. En comparación de la eternidad divina, los siglos son menos que instantes comparados con las vidas más largas; y puesto que se trataba de un sér soberano, era justo que Dios nos mostrase el aprecio en que le tenía, por el tiempo que empleaba y las vidas que sacrificaba para construirle su morada. Por lo demás, acabáis de verlo, nada se ha perdido; y si ignoráis el papel que las razas desaparecidas han desempeñado en la preparación de la era moderna, reconoced, por lo menos, que sus restos mutilados son seres útiles todavía para nuestra inteligencia, á la cual abren un campo de posibilidad que agranda la idea del poder de Dios.

Así, pues, el hombre, que es el punto de llamada, el centro armónico de los números de la tierra, atrae á sí los reinos inferiores, de los cuales está penetrado. Sin embargo, no creáis que se hace en él una concentración egoísta, pues comunica más á la materia de lo que recibe de ella; él penetra también á su vez. Por la materia gravita, vegeta y siente; pero por él se eleva la materia al sublime honor del pensamiento, de la libertad y de la vida religiosa y, como veréis luego, de la vida divina. El mundo por su peso es atraído hacia el hombre, y el hombre por el suyo propio es atraído hacia Dios. Ved las pendientes que conducen hasta el rey de la creación, las legiones del mundo angélico. Ellas nos traen las inspiraciones, los consejos, los auxilios de la sabiduría y virtud divinas; ellas llevan á través de sus coros numerosos las oraciones, las acciones de gracias de la naturaleza, salidas del corazón y de los sagrados labios de la humanidad. La penetración de los seres, comenzada por amor, conti-

nuada por amor, se consume en el amor supremo.

Números infinitos, ritmo sublime, proporción admirable de la unidad en la variedad, y amorosa compenetración de los seres: nada falta á la obra de la creación. ¡Qué armonía, señores! Y sin embargo, esto no es sino un ligero murmullo. La Escritura nos enseña que sólo una pequeña vibración de la palabra de Dios ha llegado hasta nosotros: *Cum vix parvam stillam sermonis ejus audierimus* (1). ¡Ah! Si nosotros conociésemos todos los efectos actualmente existentes de esta palabra, ¡cuáles serían nuestros arrobamientos y nuestros transportes! Esperemos tranquilamente nuevas revelaciones, y por hoy contentémonos con nuestra pequeña gota de armonía, pues bastará para embriagarnos de admiración, de reconocimiento y de amor. El mundo, tal cual es conocido del hombre, puede llevar por epígrafe estas hermosas palabras de Job: *Magna et incomprehensibilia, et mirabilia quorum non est numerus* (2). Grandes e incomprensibles maravillas, cuyo número se ignora. «Este es mi libro, decía un ilustre solitario, y puedo leer en él cuantas veces me agrade el pensamiento de Dios» (3). Tenía mucha razón. El mundo es un libro sin medio ni fin, en el cual cada uno procura leer un poco para vivir; libro de frases tan profundas que en vano se trataría de sondear: el ojo descubre allí un mundo, y en él halla el alma á un Dios (4).

(1) Job, xxvii, 14.

(2) Job, ix, 6.

(3) Mens liber, o philosophe, est natura rerum á Deo conditarum, que quotiescumque mihi libuerit, libros ipsius Dei ad legendum suppeditat. (S. Antonius, in lib. iv, *Hist. Societ.*, capítulo xviii.)

(4) Victor Hugo. *Chants du crepuscule*, xx.

Los grandes orbes,  
El mundo entero,  
Son á mi vista  
Un libro inmenso,  
Libro infinito  
Que cien misterios

No, señores; no es el Dios sombrío y abstracto de la filosofía, sino el Dios viviente del dogma católico á quien debemos contemplar en el mundo; el Dios, principio fecundo que se mide á sí mismo en su perfecta y viviente imagen; el Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; el Dios Padre Todopoderoso, cuya palabra hizo brotar los números de la creación; el Dios Hijo, sabiduría increada, que ha puesto en orden esos números; el Dios Espíritu Santo, amor sustancial que, llevado sobre las aguas del mundo primitivo, fecundaba sus confusos elementos y preparaba la universal compenetración; el Dios multiplicidad misteriosa y unidad perfecta; el Dios armonía eterna, de la cual no son sino humildes vestigios todas las armonías creadas (1). Este es el Dios que debemos contemplar en el mundo, á quien debemos alabar y bendecir.—Obras de Dios, bendecid á vuestro principio y á vuestro ejemplar. Espíritus celestiales, bendecid á Dios; astros del firmamento, bendecid á Dios; lluvias y rocíos, vientos y tempestades, fuego y calor, brumas y escarchas, nieves e hielos, días y noches, luz y tinieblas, truenos y re-

Encierra escritos  
Por solo el dedo  
Del Dios que crea:  
En él encuentro  
La ciencia y vida,  
Cuanto deseo,  
Frase profunda  
Que, si sondeo,  
Hallo el abismo  
Ante mí abierto.  
En él un mundo  
Ve el ojo externo:  
En él mi mente  
Ve al mismo Eterno.

(1) Numerus et mensura et pondus ipse Deus est. Ipse est numerus, sine numero, á quo est omnis numerus; ipse est mensura, sine mensura, á quo est omnis mensura; ipse est pondus, sine pondere, á quo est omne pondus. Omnia ergo in numero et mensura et pondere tanquam si diceret omnia in se disposuit. (S. Aug.: *Dialog. quest. ad Orosium, quest. 39.*)

lámpagos, bendecid al Señor: tierras, montes y colinas, manantiales y fuentes, mares y ríos, bendecid al Señor; hijos de los hombres, bendecid á Dios. Bendigamos á Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos. *Benedicamus Patrem, et Filium, cum Sancto Spiritu; laudemus et superexaltemus eum in sæcula. Amen.*

[The text on the left page is extremely faint and largely illegible, appearing as bleed-through from the reverse side. It seems to contain a list or table of contents with multiple columns of text.]

[The bottom section of the left page contains a list of items, possibly a table of contents or a list of references. The text is very small and difficult to read, but appears to be organized in columns.]

### CONFERENCIA XV

#### EL MUNDO INVISIBLE

EMMO. SR., SEÑORES:

Al estudiar los tres elementos de la armonía universal del mundo, el número, la medida y el peso, hemos introducido varias veces en la obra de Dios una multitud inmensa de criaturas misteriosas, cuya perfección y cuyas acciones santas terminan la escala y completan la compenetración de los seres. ¿Teníamos derecho de referirnos á estas criaturas para adornar una obra que se recomienda á nuestra admiración por tantas otras magnificencias? Los ángeles, habitantes del mundo invisible, ¿no son un delirio de nuestra imaginación, un elemento de que la fantasía se sirve para poetizar la ciencia? A esta cuestión responde la Iglesia con una palabra de su admirable Símbolo, enseñando que Dios es autor de las cosas visibles é invisibles: *factorem... visibilibium et invisibilibium*; y bajo este nombre de cosas invisibles propone á nuestra fe el mundo angélico. Este mundo, como podéis suponer, tiene por enemigos jurados á los que trabajan con todas sus fuerzas por suprimir la neumatología, esto es, la ciencia de los espíritus, bajo el pretexto de que no está al alcance de su experiencia; pero no son ellos solos. Un gran número de pensadores, abiertamente espiritualistas, miran de reojo, en nuestra enseñanza católica, el ar-